Buenas tardes jóvenes.

Hoy es un día para celebrar en grande. La Universidad de Chile regresó de los IV FISU América Games de Lima con dieciocho medallas —tres de oro, cinco de plata y diez de bronce— y un quinto lugar en el medallero general para el país. Y dentro de ese resultado colectivo, hay una facultad que brilló con luz propia: la Facultad de Economía y Negocios. Con representación en atletismo, balonmano, básquetbol y rugby 7, las y los estudiantes de la FEN aportaron cinco medallas al medallero de la Universidad —dos de oro, una de plata y dos de bronce— y fueron pieza clave del histórico subcampeonato de nuestro rugby 7, que solo cedió el oro por diferencia de puntos frente a Argentina, tras vencer dos veces a Perú. Eso, compañeras y compañeros, no es suerte. Es método, disciplina y carácter.

Por eso quiero que este acto no sea solo un reconocimiento a la FEN, aunque hoy la tengamos como protagonista, sino una celebración de algo más amplio: la idea misma de que esta Universidad forma personas completas, capaces de sobresalir en el laboratorio, en la sala de clases, en la cancha y en la piscina, todo al mismo tiempo.

Y quiero anunciarles algo que va en esa misma dirección. A partir de este proceso, la Universidad ampliará sus cupos deportivos especiales —el ingreso y acompañamiento académico para estudiantes de alto rendimiento de 46 a 61 (un aumento de 15), con una meta estratégica clara y declarada: llegar a **cien cupos deportivos** en los próximos años. Es una decisión institucional de que el talento deportivo y el talento académico no deben competir por espacio en esta casa de estudios, sino crecer juntos, deliberadamente, como política.

Tenemos, además, un integrante del equipo de ajedrez de la Universidad de Chile que logró el octavo lugar en el mundial universitario de Almaty a quien quiero felicitar y transmitir el saludo del vicedecano José Luís Ruiz, seleccionado de ajedrez, en su momento, por la Universidad de Chile.

Le voy a pedir disculpas a los deportistas que estuvieron en la despedida hacia los FISU, a riesgo de ser vulgar voy a copiar de mi propio discurso, de esa ocasión, para compartir

algunas ideas con éste público más amplio.

Déjenme contarles sobre Milón de Crotona

Milón de Crotona (griego: Μίλων ὁ Κροτωνιάτης) fue uno de los atletas más célebres del mundo griego antiguo. Vivió a finales del siglo VI a. C. y era originario de Crotona, una próspera colonia griega ubicada en la Magna Grecia (actual Calabria, Italia). Su prestigio fue tan grande que su nombre se convirtió en sinónimo de fuerza, disciplina y excelencia física, siendo recordado durante siglos como el modelo del atleta ideal.

Milón destacó como luchador, disciplina considerada una de las pruebas más prestigiosas de los juegos panhelénicos. Las fuentes antiguas le atribuyen un palmarés excepcional:

* Seis victorias en los Juegos Olímpicos antiguos en la modalidad de lucha.
* Siete victorias en los Juegos Píticos de Delfos.
* Diez victorias en los Juegos Ístmicos de Corinto.
* Nueve o diez victorias en los Juegos Nemeos.

Estos cuatro certámenes constituían los principales festivales atléticos del mundo griego. Dominar todas estas competencias durante décadas convirtió a Milón en uno de los atletas más exitosos de la Antigüedad.

La tradición antigua está llena de relatos sobre su extraordinaria fuerza. Uno de los más conocidos afirma que entrenaba cargando diariamente un ternero sobre sus hombros. A medida que el animal crecía, también aumentaba la fuerza de Milón. Aunque probablemente se trate de una leyenda, este relato suele citarse como una de las primeras ilustraciones del principio moderno de la sobrecarga progresiva, fundamental en el entrenamiento deportivo.

Otras historias cuentan que nadie podía empujarlo cuando permanecía de pie sobre un disco engrasado o que era capaz de sostener una granada con tal firmeza que nadie lograba arrebatársela, pero con tanta precisión que no dañaba el fruto. Más allá de su

veracidad histórica, estas narraciones reflejan cómo los griegos concebían la excelencia física: no solo como fuerza bruta, sino también como control, técnica y disciplina.

Uno de los aspectos más fascinantes de la figura de Milón de Crotona es su estrecha vinculación con la comunidad filosófica fundada por Pitágoras en la ciudad de Crotona. Diversas fuentes antiguas, especialmente el filósofo neoplatónico Jámblico (siglo III-IV d. C.), describen a Milón como miembro o cercano colaborador del círculo pitagórico. Aunque estos testimonios fueron escritos varios siglos después de la vida de ambos personajes y deben analizarse críticamente, reflejan una tradición consolidada que vinculaba al mayor atleta de su época con uno de los movimientos intelectuales más influyentes de la Antigüedad.

La escuela pitagórica era mucho más que un centro de estudios matemáticos. Sus miembros cultivaban la filosofía, la geometría, la aritmética, la música, la astronomía, la medicina y la ética, convencidos de que el conocimiento permitía alcanzar la armonía entre el cuerpo, la mente y el alma. Para los pitagóricos, el desarrollo físico y el intelectual no eran dimensiones independientes, sino expresiones complementarias de una misma búsqueda de excelencia.

La asociación entre Milón y Pitágoras no constituye un caso aislado dentro de la tradición griega. Numerosos filósofos fueron representados como hombres físicamente entrenados o incluso como atletas. Estas historias cumplían una función simbólica: mostrar que la sabiduría no implicaba debilidad corporal y que el auténtico ideal educativo exigía cultivar simultáneamente la fuerza física y la excelencia intelectual.

La tradición atribuye al propio Pitágoras una notable preparación atlética. Algunos autores antiguos sostienen que obtuvo victorias en competencias de boxeo antes de dedicarse plenamente a la filosofía. Sin embargo, la evidencia histórica es limitada y las fuentes son tardías, por lo que muchos especialistas consideran que estos relatos forman parte de una construcción biográfica destinada a presentar a Pitágoras como el modelo del sabio integral.

Algo similar ocurre con Platón. Su nombre original habría sido Aristocles, mientras que el apodo Platón ("el de espaldas anchas") habría surgido debido a su complexión física, posiblemente adquirida mediante la práctica de la lucha. Diversas biografías antiguas afirman que compitió como luchador durante su juventud e incluso obtuvo victorias en certámenes locales. Aunque no existe consenso sobre la exactitud de estos relatos, sí es ampliamente aceptado que Platón recibió una educación gimnástica propia de la aristocracia ateniense. En sus diálogos defendió reiteradamente que la formación del ciudadano debía equilibrar la gimnasia para el cuerpo con la música y la filosofía para el alma, idea que desarrolló especialmente en La República y Las Leyes.

En el caso de Aristóteles, las fuentes antiguas no lo presentan como atleta competitivo. Sin embargo, su obra refleja un profundo interés por la educación física como parte esencial del desarrollo humano. En la Política sostiene que la formación de los jóvenes debe integrar tanto el ejercicio corporal como la educación intelectual, advirtiendo que el exceso en cualquiera de las dos direcciones resulta perjudicial. Para Aristóteles, el cuerpo debía prepararse para sostener la actividad racional, pero sin convertir el entrenamiento físico en un fin exclusivo.

Desde la perspectiva historiográfica, estas narraciones han generado un amplio debate. Algunos investigadores consideran que las biografías antiguas mezclan hechos históricos con elementos legendarios destinados a exaltar la autoridad moral de estos pensadores. En consecuencia, resulta difícil demostrar que Pitágoras o Platón hayan sido atletas destacados en el sentido competitivo que hoy entendemos. Otros historiadores sostienen que, aun cuando muchos detalles sean difíciles de verificar, estas tradiciones reflejan un ideal cultural genuino de la Grecia clásica: el del ciudadano cuya excelencia reunía fortaleza física, disciplina moral y formación intelectual.

En este contexto, la figura de Milón de Crotona adquiere un significado singular. Si bien es recordado principalmente por sus extraordinarios triunfos deportivos, su asociación con la comunidad pitagórica lo convierte en uno de los ejemplos históricos más tempranos del ideal del atleta-intelectual. Aunque no se conservan escritos suyos ni existen pruebas de que desarrollara una filosofía propia, las fuentes antiguas lo presentan como alguien integrado en un ambiente donde el entrenamiento del cuerpo, la reflexión

filosófica y el compromiso cívico formaban parte de una misma concepción de la excelencia humana (areté).

Precisamente por ello, Milón representa un precedente histórico del concepto moderno de estudiante-atleta: una persona cuya búsqueda de la excelencia no se limita al rendimiento deportivo, sino que incorpora también la formación intelectual y la participación activa en la vida de su comunidad.

Los romanos heredaron y transformaron ese ideal griego. Fue el poeta Juvenal quien, siglos después, acuñó la frase que todos hemos escuchado alguna vez sin saber bien su origen: "mens sana in corpore sano", una mente sana en un cuerpo sano. Pero more allá de la frase, lo interesante es la práctica. En Roma, los jóvenes de las familias dirigentes se formaban simultáneamente en dos frentes: por un lado, la retórica, la oratoria y el derecho, en la escuela; por otro, la natación, la equitación y la esgrima, en el Campus Martius, el gran campo de entrenamiento físico junto al Tíber. No era opcional: era el currículo esperado de quien aspiraba a servir a la República. El ejemplo más célebre es, quizás, el propio Julio César: hombre que escribió una prosa tan precisa que todavía se estudia en las clases de latín, y que al mismo tiempo era reconocido por su destreza como jinete y por cruzar ríos a nado con su armadura puesta, incluso en plena campaña militar. Cuerpo y mente, otra vez, entrenados como una sola disciplina.

Esa idea, tan antigua, tan griega y tan romana, no desapareció. Pero sí estuvo dormida durante buena parte de la historia moderna, cuando la vida intelectual y la vida física se separaron en compartimentos distintos: por un lado los eruditos de bata, por otro los cuerpos de trabajo o de guerra.

Y aquí llegamos a un tercer momento, uno que conecta directamente con lo que hacemos hoy: la Inglaterra victoriana.

A mediados del siglo diecinueve, un director de colegio llamado Thomas Arnold transformó la escuela de Rugby con una convicción muy simple: que el deporte organizado —el juego en equipo, la disciplina física, incluso la derrota honorable— formaba el carácter tanto como cualquier libro. De esa escuela salió, literalmente, el

rugby como lo conocemos. Ese movimiento, que se conoció como "muscular Christianity", el cristianismo muscular, se extendió por Inglaterra bajo la idea de que la virtud, la inteligencia y la fortaleza física debían cultivarse juntas, como en la antigua Grecia. Por esos mismos años, en un pueblo llamado Much Wenlock, un médico rural llamado William Penny Brookes organizó los "Wenlock Olympian Games", unos juegos locales que combinaban atletismo con premios literarios y académicos, exactamente como en la Olimpia clásica. Ese hombre, casi olvidado por la historia, recibió en 1890 la visita de un joven barón francés llamado Pierre de Coubertin. Lo que Coubertin vio en Wenlock lo marcó tanto que, pocos años después, fundó el Comité Olímpico Internacional y organizó los primeros Juegos Olímpicos modernos de 1896 en Atenas. Es decir: la idea griega de la areté, revivida por un médico de pueblo y un director de colegio en la Inglaterra victoriana, es literalmente el origen directo de los Juegos Olímpicos que hoy conocemos, y de estos mismos Juegos Panamericanos Universitarios en los que ustedes acaban de competir.

Esa misma tradición inglesa, medio siglo más tarde, terminaría inmortalizada en la pantalla. La película "Carros de Fuego", ganadora del Óscar en 1982, cuenta la historia real de dos atletas británicos camino a los Juegos Olímpicos de París 1924: Harold Abrahams, estudiante de Cambridge, hijo de inmigrantes judíos lituanos, que corría con una urgencia distinta a la de sus compañeros de claustro. En la Inglaterra de clubes cerrados y privilegios heredados, Abrahams enfrentaba el antisemitismo silencioso pero constante de una élite universitaria que lo toleraba sin terminar de aceptarlo del todo. Para él, cada carrera no era solo deporte: era la manera de forzar, con hechos y con tiempos cronometrados, un reconocimiento que la tradición no le regalaba por herencia ni apellido. Esa urgencia lo llevó, finalmente, al oro en los 100 metros planos de París 1924, la prueba reina de esos Juegos. El otro protagonista, Eric Liddell, escocés y hombre de fe profunda, tenía justamente esos 100 metros como su prueba principal, pero al enterarse de que las series se correrían en domingo, se negó a competir por convicción religiosa. En su lugar, se preparó en pocas semanas para los 400 metros —una distancia que no era la suya— y terminó ganando el oro igualmente, además de establecer récord mundial. Uno corría contra el prejuicio; el otro corría sin traicionar sus principios. Ambos, sin embargo, entendían la pista de la misma forma en que la entendían los griegos: como un lugar donde el carácter se pone a prueba tanto como el cuerpo.

Cuando hoy vemos a nuestros estudiantes de la FEN corriendo, saltando y tackleando con la misma seriedad con que rinden sus exámenes, no hacen otra cosa que continuar esa misma tradición: la del deporte como espacio donde también se conquista un lugar, no solo una medalla.

¿No han visto la película "Carros de Fuego"? Véanla, les va a gustar.

Y quiero que esta idea no quede en referencias lejanas, porque la llevamos puesta en nuestro propio escudo. El Chuncho, nuestro símbolo, no es un búho cualquiera: es el ave de Atenea, la diosa griega que sostenía en una mano el rollo de la sabiduría y en la otra la lanza del hoplita. Solemos recordar a Atenea como la diosa del conocimiento, la que preside la Academia y las bibliotecas, y ahí termina, para muchos, la lectura de nuestro emblema. Pero Atenea era, con el mismo derecho, la diosa de la guerra estratégica y de la falange: la que armaba a sus héroes con el escudo y la coraza, la que presidía el entrenamiento del hoplita griego. Y no era casualidad: los Juegos que nacieron en Olimpia —la carrera, la jabalina, el disco, la lucha, incluso la carrera en armadura completa, el hoplitódromo— no eran un pasatiempo separado de la guerra, sino su preparación directa. Correr, lanzar, luchar: eso era, literalmente, entrenarse para el combate que Atenea patrocinaba. Por eso nuestro Chuncho, con sus libros bajo un ala y su espíritu de batalla bajo la otra, no representa una contradicción entre el intelecto y la competencia, sino exactamente lo contrario: representa a la misma diosa que armaba al guerrero y coronaba al sabio, porque para los griegos nunca fueron dos figuras distintas, sino una sola.

Atenea, nuestra madre, nuestra diosa.

Por eso, cuando anunciamos que vamos a llegar a cien cupos deportivos, no estamos simplemente ampliando un programa administrativo. Estamos inscribiendo a la Universidad de Chile, de manera consciente y deliberada, en esa misma tradición milenaria: la de creer que la excelencia física y la excelencia intelectual no son dos caminos distintos, sino el mismo camino, recorrido con las dos piernas.

Grecia, Roma, Inglaterra, Chile.

A la delegación FEN: gracias por sus cinco medallas, pero sobre todo, gracias por demostrar que se puede competir al más alto nivel continental sin dejar de ser una facultad exigente académicamente. A toda la delegación de la Universidad: dieciocho medallas y un quinto lugar nacional hablan de un trabajo serio, sostenido, que recién empieza. Y a quienes vendrán después de ustedes, a los que ocuparán esos nuevos cupos que hoy anunciamos: la vara ya está puesta, y ustedes son quienes la pusieron ahí.

Y antes de cerrar, no puedo dejar pasar la oportunidad de mirar hacia adelante, porque esta historia no se detiene hoy. En pocos días, doce jugadores viajarán a Stellenbosch, Sudáfrica, para representarnos en el University Championship de rugby 7 —y quiero que sepan que once de esos doce visten también los colores de la FEN—. Así que el rugby de esta facultad, que nos dio la plata en Lima, no descansa: vuelve a subirse a un avión para seguir escribiendo esa misma historia en otro continente. Vayan con la confianza de quien ya demostró de qué está hecho. Y muy pronto, entre el 29 de agosto y el 5 de septiembre, esta misma Universidad vivirá puertas adentro la versión número cincuenta y cuatro de sus Juegos Olímpicos estudiantiles, cincuenta y cuatro años de una tradición propia que, sin saberlo del todo, ha estado haciendo en Chile lo mismo que hicieron los griegos en Olimpia y los ingleses en Wenlock: reunir a una comunidad entera alrededor de la idea de que competir también es una forma de aprender. A quienes representarán a sus facultades en esos Juegos, y a quienes viajan a Stellenbosch: la Universidad completa los estará mirando, y les deseamos, con el mismo cariño con que recibimos hoy a esta delegación, que vuelvan a darnos motivos para celebrar.

Virgilio nos lo recuerda en la Eneida, el poema épico en que se construye el mito del origen troyano de Roma; nos dice "audentes fortuna iuvat" — la fortuna favorece a los audaces.

La fortuna favorece a los audaces.

¡Éxito a todos nuestros deportistas, y viva la Universidad de Chile!

Muchas gracias.